

Para Hélida, que hubiera leído
con indulgencia estas páginas.

“¿Qué somos?” quiso saber una vez dejó el sofá para ajustarse la falda. A qué venía el ataque, se preguntó Fernando, un tanto remolón, prendido de nuevo al catálogo, sin saber por dónde tomar el hilo que Agustina le lanzara sin más.

Algo debía decir y algo dijo para salir del paso: “Los últimos buenos demonios”, soltó.

Ella arqueó una ceja, dio media vuelta sobre el pie izquierdo y regresó al escritorio. Aún seguía siendo una mujer hermosa.

I

La playa estaba desierta cuando regresó de almorzar. La bahía brillaba como un intenso espejo sin pulir. Echó de menos, ya en la terraza, el azotar de la brisa en las palmeras vecinas de la cabaña.

El encargado volvió a encerrarse en la pieza de la planta baja, localizada en un ángulo del jardín. A las cuatro, luego de la siesta inmancable, abandonaría la habitación, más hosco que de costumbre, para realizar alguna tarea pendiente en el jardín o en la cocina.

En una silla de hierro, recostado en el sofá de lona o de codos en la baranda de concreto, a la mano una botella de whisky, agotó las horas de una tarde igual de calurosa a las otras de una temporada que agonizaba sin devoción en el malecón vecino.

Las aguas, con el arribo de las primeras sombras, adquirían una tonalidad espesa, semejante a la textura del aceite sin batir.

Esperó, moviendo el whisky, la reaparición en el cielo oscurecido de la bahía de algún islote de brillantes colores. Bostezó sin cambiar de postura en la silla, fijó la vista en la espesa línea del horizonte y respiró el aire opresivo de una jornada que invitaba a las despedidas y al reconocimiento de una derrota que ningún medio anunciaría a cuatro columnas.

El mar, la tarde de la llegada, lanzaba intensas tufaradas de yodo sobre la terraza. Mientras tomó contacto con el paisaje, apoyado en la baranda, el encargado, tosco y preciso, armó en silencio la mesita de hierro bajo el paraguas azul. Tranquilo, en

mangas de camisa, agregó un par de sillas y acomodó el sofá con el frente mirando para la bahía. Esgrimió la misma diligencia de movimientos que exhibiera al recibirlo en la sala del aeropuerto.

El ambiente, para fortuna suya, refrescó con las primeras brisas de una noche bonancible, como le advirtió el hombre camino de la cocina. Hasta bien entrada la madrugada, proveniente de los cerros vecinos, sopló una seca brisa fría que, si bien terminó de depurar la atmósfera yodada, avivó el padecimiento de sus rodillas que el escocés ayudaba a tolerar.

Las olas rompían espumosas en la playa cercana. Rompían y retornaban al océano entre los cuerpos de los bañistas, expuestos a los últimos rayos de un sol moribundo, sumergido a medias en la línea del horizonte.

—En un par de días estará acostumbrado a los olores del mar —vaticinó el encargado. Estaba asomado en el hueco de la escalera. Iría a la ciudad a buscar provisiones—. ¿Necesita algo?

—Gracias —dijo sin pensar, sentado en el sofá, explorando un ángulo que le ofreciera un dominio total de la pequeña bahía—. Mañana haré una lista. Ahora prefiero descansar.

La primera oleada de artesanos depositó morrales en el malecón al principio de la noche siguiente. Algunos, aprovechando el cambio de temperatura, dormían apiñados al pie de las jardineras, encima de los morrales y las mochilas, formando las más variadas islas humanas.

Tres días después, las oleadas de visitantes, turistas y artesanos transformaron en un hervidero, sin reposo a ninguna hora, el angosto paseo marino y las calles irregulares, agrietadas y a medio asfaltar, incapaces de dar cabida a la creciente invasión.

—Es igual —explicó otra noche el encargado, indiferente a sus cifras—. Cada temporada trae algo más de chusma. Vienen, toman el sol, gozan y se van. Solo queda de ellos la basura y el cansancio en el malecón. Será igual.

—La prensa —refutó para probar el temple del encargado— habla de una temporada feliz.

—Sí: feliz —admitió—. El Rodadero está a reventar, dicen todos, pero en los hoteles las camas sobran. Es una vieja queja.

Hosco de rostro, ancho de tronco, corto de piernas, desapareció escaleras abajo.

La música sonaba sin parar en los estaderos. En las terrazas de las discotecas —alineadas frente al malecón—, en los bares de las bocacalles una turba creciente bailaba hasta bien entrada la madrugada.

En la playa, entre botes, canoas, redes de pesca y perros callejeros, dormían cientos de visitantes de última hora, participando de un apiñamiento salido de una paleta propensa a los contrastes. Propuso nuevas cifras.

—Ya no queda una habitación disponible en los hostales —ratificó el encargado a la siguiente mañana. Depositaba en el mesón de la cocina el pedido del día, puntual y obsequioso, estricto en sus funciones—. Ni siquiera en los moteles. ¿Algo más?

Un grupo de artesanos levantó, a partir de la segunda glorieta, los primeros puestos. Una semana después, con el arribo de grupos más numerosos, la vistosa agitación del malecón tomó la forma definitiva de una concurrida feria.

Pronto, como le vaticinó el encargado, adaptó el olfato a los sopores del mar. Sin moverse de la terraza, en una silla o echado en el sofá, diferenció voces, idiomas, tonos. Igual aprendió a sortear los remolinos de arenas que la brisa empujaba de la playa contra la masa humana apretada en el paseo. Seguía sin determinar en cambio, al cabo de una voraz temporada de vacaciones, si el pueblo empieza o termina frente al mar, si crece en dirección a las montañas o decrece en dirección a la playa.

Alguna otra tarde, antes de abrir una primera botella, recuperó de la mesita de noche el folleto promocional. El catálogo, ilustrado con hermosas fotografías, despachaba en tres idiomas y ocho páginas el origen indígena del pueblo, el significado de su nombre y su más reciente evolución, ligada sin duda a la promoción gratuita que hacían los visitantes más comunes: hippies, artesanos,

celebridades sin oficios y artistas a la caza de lugares exóticos en donde echar los huesos. Estaba escrito en un lenguaje servil, de supuesta elegancia, inferior a la intensa realidad de las piedras, a la ruda vitalidad de los hombres y al exacto movimiento del mar sobre la arena vigorosa, afortunadamente a salvo de la alcahuetería de las formas.

Sucedía igual con el pueblo montañoso de su hacienda ganadera. También tenía un origen indígena, otro español, admitió, cediendo a la inevitable rutina de ahondar diferencias inútiles: alto-bajo, mar-montaña, negro-blanco, la honorable manía de determinar propósitos y principios para que nadie tenga la molestia de volver a inventarlos. Igual allá, sobre las mesas de algunas haciendas, podían encontrarse folletos promoviendo la ruda belleza de los cerros, la originalidad de las artesanías y la sazón de la comida de monte, pero también, sin ningún pudor, ingenuos relatos que nadie hacía el favor de acotar. Un fantasmal ejército libertador seguía transitando, en la cauta imaginación de los montañeros, las noches brumosas, avanzando sin pausa y sin prisa en busca de los ascensos hacia el páramo.

Él, durante muchas noches, intolerante al sueño, envuelto entre cobijas de lana cruda, a la mano alguna botella de brandy, veló las cuchillas de los cerros aledaños. Arrebujado en el viejo descanso del abuelo, en mitad del portal de la casona sin ruido, solo veía subir, entre el humear de las heladas, el vaho familiar de la boñiga, una estela cálida proveniente de los corrales dormidos.

Algunas noches, limpias y frescas, los huéspedes del hotel vecino, empotrado en la parte más alta del cerro, bajaban al malecón. Descendían en pequeños grupos, amistosos, con las cámaras al cuello, a sacar fotos, tomar la brisa, beber cervezas y curiosear entre los tenderetes de la feria.

Una noche, sin ninguna motivación distinta a extraviarse en el revoltijo humano, bajó a inspeccionar los vistosos puestos del paseo. En alguna tienda compró dulces. En otro puesto, sin

convicción, examinó el tejido de las mochilas indígenas exhibidas. Las revisó y las olió. Olían a nieve serrana, a humo congelado, al ayo que mascan los nativos, como le informó el encargado otro mediodía que apareció con la provisión de whisky. Adquirió dos mochilas, un bolso de tela y, con menor pasión, un par de collares, dos o tres pulsos de madera para Agustina y Manuela, que seguían lamentando que las hubiera dejado ir solas a vagabundear por París, Roma y Milán. Al final, cediendo a la insistencia de una indígena de vivos ojos negros, sumó a la cuenta una mochila wayuu para Enriqueta, la suegra, reacia a pasarle al celular.

Entró al estadero. Una muchacha de pantalones cortos y de altos pómulos maquillados apareció de un costado del local para atenderlo. Tomó asiento y le pidió una cerveza. La música estaba alta y la mesera confirmó el pedido inclinada sobre él.

—Una cerveza negra —repitió muy cerca de ella, devolviendo la sonrisa de la expresiva muchacha—. Bien helada.

Halló la animación esperada. A un costado de la rústica barra de ladrillos rojos, en una pequeña pista de madera, varias parejas bailaban luciendo vivas ropas de playa.

Consumió de dos tragos una tercera cerveza. La muchacha, imposible evitarlo, se tornaba más íntima. Al fin atacó:

—Usted es muy simpático para andar tan expuesto. Alguien puede echarle mano esta noche. ¿Algo más?

El pelo alisado le brillaba al contacto de las luces. Igual intensidad reconocía en los firmes pómulos maquillados de la muchacha. Aspiró el perfume dulce de la mesera sin identificar el aroma.

Sí, un hombre expuesto, aprobó sonreído. Una mano levantada solicitó, en una mesa del fondo, la presencia de la chica. Agradeció el llamado y confió en poder librarse de una charla comprometedora.

La siguió con la mirada. Había fuerza y elegancia en el desplazamiento de la muchacha en sus altos tacones blancos.

Se sabía atractiva y mirada, consciente del poder de su trasero mestizo. Escuchó algún galanteo, anotó algo en la libreta de pedidos y marchó a la barra.

A una plena de Cortijo y Rivera, recibida con alborozo en la pista, un muchacho de camisilla solicitó *Marejada feliz*, de Roena. Alto, de firmes brazos de pesista, bailaba con una chica tan alta como él, cubierta con una rústica bata de baño trasparente, debajo de la cual llevaba un bikini azul. Unas parejas cantaban, otras bailaban y otras más cantaban y bailaban a la vez, jóvenes, valientes e irresponsables, empujando hasta el fondo cada momento de unas vacaciones para muchos de ellos irrepetibles.

Sin esfuerzo visible, al ritmo de las parejas, escuchó en silencio *Marejada feliz*, marcando con el pie izquierdo el compás de una canción que, al principio de una juventud irrecuperable, aprendió a bailar con una esporádica novia de la universidad —una chica muy parecida a la del bikini azul— en una Bogotá que abría entonces los brazos a la música afroantillana. *Ahora mi vida es el mar// vivo contando las olas// y así me pasan las horas// y vuelve a llegar la aurora//*. Bebió el resto de la botella, complacido de la alegría de las parejas de la pista. El pesista levantó a la chica del bikini y ésta, con los largos brazos al aire, mantuvo el ritmo de la canción con suaves movimientos de cabeza.

Le hizo señas a la muchacha. Sacó de la cartera un billete que depositó al pie de las botellas.

— ¿Tan pronto se va? Apenas ha llegado.

La muchacha le extendió las vueltas.

—Me esperan. Otra noche. Esto es para ti.

Ella arqueó las cejas al él pasarle la propina. La vio abrir los labios y reprimir la expresión. Sin esconder la resignación, apretado a las bolsas de los regalos, esperó a que ella ordenara las preguntas.

La muchacha movió la cabeza, a lado y lado de una sonrisa grande, exhibiendo una dentadura de piezas intactas:

—Soy una tonta —dijo al final en señal de disculpa, con una mezcla de inocencia y picardía que él conocía de otros sitios—.

Usted me recuerda a alguien.

—¿Sí?

—¿Actor?

—Ojalá.

La chica propuso opciones: periodista de cine, analista político, arquitecto decorador... alternativas graciosas, expresadas sin rodeos y que él descartó sin darle pie a preguntas más comprometedoras, consciente del interés que un hombre de su condición suscita en una muchacha veinte años menor, dispuesta a sumar una noche distinta a una vida deseosa de experiencias:

—Me acordaré —dijo al extenderle una mano de finos dedos largos—. No pierdas el camino. Valdría la pena.

Asintió sin comprometerse. Ella valía muchas noches. En otra época, en otro momento, la habría complacido. La olvidó al salir del estadero.

El pasado insistía en saltarle encima adonde quiera que marchara, y Taganga, la elección para vacacionar solo, sería la confirmación de una regla fatal. Descartó la opción de perder la calle bulliciosa. Ni escondido en la terraza de la cabaña estaría a salvo. Incluso la mala memoria de la muchacha había reconocido en él la imagen que la prensa mantenía viva en nombre de propósitos cada vez menos disculpables. Jamás lograría vivir conforme a la imagen que otros insistían en fijarle, pero la batalla estaba bastante perdida.

Quedaba poco de su pasado de montañista. La gente, sin embargo, a pesar de su actual prestigio de veterinario y de su fama de ganadero exitoso, seguía viendo en él a la estrella del montañismo, sin detenerse a revisar la expresión apagada de su rostro en las fotos, ni a pensar en la bursitis que le dañaba sin cura las piernas.

Todos continuaban asociando su nombre con los dos exitosos ataques suyos al Everest. El hecho en sí de escalar un monte mítico parecía olvidado. Importaba más bien el testimonio de la hazaña, la espectacular foto en la que él comparte abrazos y júbilo con Ankura, su compañera neozelandesa de aventura. La vida alcanzó

allí para él, en el primer ascenso, una cima inigualable, y la famosa imagen valía más que toda su existencia previa y posterior.

A su vigencia mediática contribuía, además, la carrera de Agustina. El último caftán suyo, de crepé blanco y encajes negros, fue un acontecimiento inevitable, y él, aunque reacio, posó al lado suyo exhibiendo una sonrisa de marido orgulloso. Sucedió igual con la premiación del primer cortometraje universitario de Manuela, ceremonia que los medios, ubicuos y letales, aprovecharon para descargar sobre él algunos flashes extras.

Hacía parte de una familia destinada al ruido, a las tintas de la prensa y las tapas de las revistas de la alta moda. Ellas, aunque independientes, serían asociadas a él, a su aura de héroe moderno, una imagen imposible de vaciar de la memoria de un país atolondrado, sediento, presto a beberse a los ídolos. “Un autógrafo, campeón”. “Acá, amor: los amigos quieren una foto más contigo”. “Papi, ven: una última”. “Usted siempre tan buen mozo”. Querían al ídolo, al hombre mítico, no al mortal que encontrara en el whisky un alivio temporal a las dolencias, ni tampoco al prestigioso ganadero o al veterinario audaz. Querían al héroe feliz, al muchacho de las hazañas, a alguien que ni siquiera existía ya como recuerdo en él, cada vez más indescifrable, viviendo una vida que no le permitía vivir su vida de verdad. “¿Qué te quejas? Somos un país de huérfanos”, y como creyó no entender o en realidad no entendió el susurro de Agustina, ésta, sonreída y bien puesta, sin soltarlo del brazo y atenta a las muchas cámaras, le plantó otro de mayor calado cerca del hombro: “Estás en el país del Espíritu Santo, campeón.” Al lado de Agustina, entre una pareja de ancianos, exhibió conmovido su mejor facha de farsante. “Muchacho, venga esa mano” pidió alguien en algún momento, un señor salido de un corrillo de señoras perfumadas, extendiendo una mano demasiado temblorosa para el vigor de la voz, “usted es mi ídolo”.

Bebió en la terraza una botella entera sin darse cuenta. La intensidad de la brisa le sugirió tomar el camino de la habitación.